

REFLEXION TEOLOGICA

OPCION REFERENCIAL POR LOS POBRES Y ATENCION A DESPLAZADOS.

La Iglesia, como sacramento de salvación, tiene como misión la evangelización, la comunicación de la buena noticia de Dios para todos los hombres y especialmente para los pobres. Esa misión consiste en la realización de la plenitud del reino de Dios y presupone, como dice el Vaticano II, la participación de la Iglesia en los gozos y las esperanzas, en las tristezas y las angustias de los hombres, sobre todo de los pobres. Esa misión presupone, por lo tanto, la opción preferencial por los pobres.

¿Quiénes son esos pobres y cómo deba ser la opción preferencial hacia ellos?, depende de las circunstancias históricas de los pueblos. No se puede dudar de que El Salvador es un país empobrecido por la secular injusticia estructural que da muerte lenta a los pobres, por la represión que les da muerte violenta y, ahora, por la guerra que empobrece al país en su totalidad. Esta situación es lo que Juan Pablo II en su visita al país llamó "el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras".

Expresión muy importante de ese clamor desgarrado es la situación de los refugiados y desplazados dentro del país y de los refugiados y exilados fuera del país. Su número, alrededor de 1.250.000, la cuarta parte de la población, sus increíbles y sus angustiosas necesidades los hacen hoy pobres entre los pobres.

Así lo reconoció también Juan Pablo II al mencionar explícitamente la situación de "tantos millares de prófugos, exilados o desplazados en busca de hogar". Su tragedia es conocida: dificultades materiales, necesidades de encontrar techo, salud y pan, necesidades sociales de educación, trabajo y normalización del ritmo de vida, problemas de huérfanos, familias separadas, desconocimiento de la suerte de sus familiares, necesidades pastorales de atención religiosa, de catequesis, celebraciones litúrgicas y sacramentales etc. Y junto a estas necesidades,

la necesidad más fundamental de que se mantenga su esperanza cuando su situación de refugiados se cuenta ya no por semanas o meses sino por años, y el problema más fundamental de defender y asegurar su vida.

MOTIVACIONES ECLESIALES DEL TRABAJO CON DESPLAZADOS.

Humanización del conflicto

Ante esta situación, la **Iglesia de la Arquidiócesis ha tomado una opción expuesta** claramente por Mons. Rivera en la toma de posesión de su ministerio arzobispal.

La Iglesia debe dar prioridad a que se ponga **fin al conflicto** por medios pacíficos; y mientras dure éste, a humanizarlo, aliviando a todas las víctimas que produce el conflicto, entre ellos muy primariamente a los refugiados.

Identidad Eclesial

Esta opción no es una de tantas posibilidades para la Iglesia de ejercer la pastoral asistencial, sino que -dada la masividad, la duración y la trágica y angustiosa situación de los refugiados- es una imperiosa necesidad para la Iglesia y una urgente exigencia. Tampoco es sólo una obligación puramente eclesial, sino que en ello le va a la Iglesia su más **profunda identidad**, el seguimiento de Jesús, la fe en un Dios de la vida y de los pobres. Los refugiados son hoy un signo de los tiempos, manifestación de la voluntad de Dios y de su primaria interpelación a los cristianos: "¿Qué has hecho de tu hermano?" (Gen 4,10ss). Los refugiados son hoy el herido en el camino que espera a un buen samaritano (Lc 10,29-37), tanto más cuanto que ellos no sólo esperan que la Iglesia se les acerque sino que ellos se han acercado a la Iglesia en busca de salvación.

Ante estas interpelaciones sólo caben dos actitudes: o se pasa de largo como el sacerdote y el levita (v. 31s), o como el samaritano, se siente compasión, se vendan las heridas y se lleva al herido a un lugar seguro (v. 33s): o se hace

como los discípulos que quieren despedir a las muchedumbres hambrientas (Mc 6, 36) o, como Jesús, la Iglesia se siente movida por misericordia y les da de comer (v.34,37).

Ninguna duda cabe de cuál deba ser la respuesta de la Iglesia. También son conocidas las graves dificultades y los serios problemas que ocasiona esa respuesta. Pero sin ella, la Iglesia dejaría de ser hoy la Iglesia de Jesucristo y no podría anunciar el evangelio como la buena noticia de Dios para los pobres. Con una respuesta correcta, con una opción por los refugiados, la Iglesia será como el sacerdote fiel que ejerce la misericordia, como un pueblo de Dios que cree realmente en un Dios de los pobres y acerca a Dios a esos pobres.

Pastoral de Acompañamiento

Pero además, la opción por los refugiados es hoy una forma necesaria y eficaz de realizar lo que desde Medellín hasta nuestros días la Iglesia ha dicho sobre sí misma. Es la forma estructural de encarnarse entre los pobres y mostrar solidaridad con ellos; es la forma de llevar a cabo la **pastoral de acompañamiento** en que insistió Mons. Romero, acompañamiento que por definición significa ir hacia donde los pobres llevan a la Iglesia. Es también la forma en que la Iglesia se introduce en el actual conflicto, lo que le exige fortaleza, disponibilidad al sufrimiento y a la persecución.

Credibilidad de la Iglesia

Esta opción por los refugiados es también lo que otorgará **credibilidad a la Iglesia**, tan necesaria para que su misión evangelizadora pueda tener éxito. Dicho negativamente, si la Iglesia rehuyese en la práctica la opción por los refugiados, si la ignorase simplemente, estaría diciendo de forma muy eficaz que busca más la normalidad de su propia vida intraeclesial que aceptar la profunda anormalidad de un país en guerra, con lo cual la Iglesia se descalificaría; que busca más la paz interna intraeclesial que introducirse en el "clamor desgarrado" de este

pueblo. Las consecuencias de esta actitud serían pérdida de credibilidad, y así de influjo, de la Iglesia en la sociedad, o, peor aún, que pudiese llegar a hacerse realidad lo que dice la Escritura: "por vuestra causa se blasfema el nombre de Dios entre las naciones". Positivamente, la opción por los refugiados hace creíble la palabra de la Iglesia, en primer lugar entre los mismos refugiados y entre todos los pobres y en segundo lugar, ciertamente a la larga, aunque en primer momento esto le pueda acarrear serias dificultades, entre quienes dirijan los destinos del país, pues la Iglesia habrá dado un testimonio verdadero de amor al país, de interés por una solución real a los males del país.

BIENES QUE SE SEGUIRIAN PARA LA IGLESIA Y EL PAIS

La opción por los refugiados, por último, **supone grandes bienes para el país** y para la misma Iglesia. Aunque el número de refugiados que atiende la Iglesia es relativamente pequeño, puede ofrecer un modelo de cómo tratar el problema de miles de desplazados; y esto es un gran bien para el país ante los repetidos fracasos de otros modelos de ayuda a los desplazados. Para la misma Iglesia es un gran bien porque los refugiados le remiten a la Iglesia a su lugar natural, al mundo de los pobres, desde los cuales crece y se mantiene la fe de la Iglesia, descubre la verdad del país sobre el cual la Iglesia debe siempre dar un juicio, se incrementa la creatividad litúrgica y pastoral etc. En una palabra, desde los refugiados se repite la paradoja cristiana de que la Iglesia debe dirigirse a los pobres y los pobres evangelizan a la Iglesia. También puede ser un gran bien para la misma vida intraeclesial pues la opción por los refugiados puede unificar al cuerpo de la Iglesia alrededor de esta misión; puede revigorizar la pastoral de conjunto y la unidad de los diversos agentes de pastoral; puede generar un necesario diálogo intraeclesial -más difícil quizás si versase sobre opciones puramente políticas- alrededor del ingente sufrimiento de los refugiados, de modo que si éste no lo generase puede preguntarse qué es lo que es capaz de generar ese diálogo; puede ayudar a que dentro de la Iglesia se den las necesarias reconciliaciones y ofrecer éstas como modelo de reconciliación nacional. En una palabra, la opción por

los refugiados puede unificar a la Iglesia, hacer de ella un poderoso cuerpo, con mayor influjo en el país, no sólo para resolver el problema de los refugiados, sino el problema del país.

Conclusión

En la actualidad la Iglesia se enfrenta con el problema de los refugios y las reubicaciones, y la simultaneidad de ambos. Muchas dificultades tienen su solución; pero puede ser una ayuda a su superación y una fuente de creatividad para la solución, el marco evangélico e histórico presentado. La opción por los refugiados es hoy una opción por los pobres y una opción por Dios. Es ese Dios de los pobres, de la liberación, de la cruz y de la resurrección, el que cuestiona e invita a la Iglesia a volcarse hacia los refugiados. Es el Dios de la vida, tan amenazada y aniquilada hoy, el que mueve a la Iglesia a que se dirija una y otra vez hacia los hijos de Dios, los pequeños y los débiles, los pobres y los refugiados. Mons. Romero afirmó claramente que la causa de Dios es la causa de los pobres y la causa de los pobres es la causa de Dios. "La gloria de Dios es el pobre que vive". Para nuestra situación histórica lo dijo de forma bien precisa: "es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida". Eso es lo que está en juego en el problema de los refugiados y los reubicados; y eso es, por lo tanto, lo que deberá dirigir la pastoral y asistencia eclesial hacia ellos.

